

## ***PROBLEMAS CRUCIALES PARA EL PSICOANÁLISIS EN NUESTRO TIEMPO<sup>1</sup>***

*Adriana Hercman*

Agradezco a los colegas de Lazos la invitación a trabajar acerca de los “Problemas cruciales para el psicoanálisis en nuestro tiempo”. Respecto al tema de esta mesa, la formación del analista y el porvenir del psicoanálisis, quiero empezar destacando un punto de la clase 4 del Seminario “*Problemas cruciales...*” donde Lacan precisa que los problemas de los que habla son cruciales para el psicoanálisis, no para los analistas y reduce como único problema para el psicoanalista el hecho de si la gente se acerca o no a su práctica, cuestión clave si consideramos la obviedad de que sin analizantes no hay analistas. Seguidamente, Lacan recuerda los tiempos heroicos del psicoanálisis, a Teodor Reik y la función que éste otorgaba a la sorpresa: para los analistas de la primera generación, cumplía la función de señal de que se había tocado alguna llave de apertura al terreno de la Otra escena.

Freud abrió las puertas del inconsciente y a Lacan le debemos la holladura, el haber desbrozado ese camino. Bajo la consigna del retorno a Freud, en el momento en que los conceptos fundamentales se diluían en la Psicología del yo y la relación de objeto, Lacan aportó la reja y el arado para ir a labrar el nuevo campo. Me refiero en particular a la postulación del inconsciente estructurado como un lenguaje; la distinción de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario como registros y luego como dimensiones en nudo borromeo; la invención del objeto *a* apresado en el punto de calce de ese nudo y ofrecido por el analista como causa de su deseo al analizante y la formulación de la estructura tetraédica de los discursos.

Con estos elementos, la enseñanza de Lacan nos orienta en el camino de esclarecer *lo abrupto de lo real en el campo legado por Freud a nuestro*

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en la Jornada Anual de Lazos, Institución Psicoanalítica, en la Mesa “La formación de los analistas y el porvenir del psicoanálisis”, el 5 de septiembre de 2015 en la ciudad de La Plata.

*cuidado*. En nuestros días, la sorpresa de la que Lacan hablaba parece haberse perdido e incluso engrosar la frontera que nos separa del mundo desde donde la gente se acerca o no a nuestra práctica. La resistencia es del analista: es que desde el interior de un territorio no se conocen después de todo más que las propias fronteras.

Contrariando esa lógica, en “*El reverso del psicoanálisis*”, Lacan presenta la operatoria permutativa de los discursos en que cuatro términos se deslizan alrededor de cuatro lugares fijos. De entrada Lacan ubica al nuevo discurso junto a los otros discursos, lo que implica un verdadero desafío político porque a partir de entonces queda consagrado a pensarse siempre en una relación estructural y sincrónica con los otros discursos.

El discurso del analista no está fuera de la ronda de los discursos ni es un “metalenguaje”. El movimiento de giro hace que el discurso descubierto por Freud, no más verdadero que otro, resulte de la impotencia del discurso universitario y llame al discurso de la histérica, según la lógica del desplazamiento de los términos por los lugares que hace que el semblante de hoy determine la verdad de mañana.

En varias oportunidades –fundamentalmente en el Escrito *Situación del psicoanálisis y los psicoanalistas en 1956* y en la *Proposición...*) Lacan hizo referencia al hecho de que Freud, por no llegar a elaborar explícitamente el discurso analítico en su diferencia con otros discursos, fundó una sociedad según un modelo universitario y por tanto impotente para transmitir el psicoanálisis. Transmisión y formación del analista que es inconcebible fuera del decir de Freud y el discurso analítico, único en encontrar sus coordenadas de orientación en lo real y que gira en torno de la falta de relación sexual.

Respecto a la formación, recuerdo que en el ‘73 en *Sobre la experiencia del pase*, Lacan no habla de formación del analista sino de formaciones del inconsciente y que en la *Proposición del 9 de octubre del 67*, buscó restituir el decir de Freud proponiendo la Escuela como agrupación de analistas cuyos dispositivos de pase y cartel poseen una estructura isomorfa a la del inconsciente.

Voy a referirme y voy a poner a discutir una cuestión relativa al *semblant*. Sabemos que en el Seminario *De un discurso que no sea del semblant*, Lacan rebautizó de esa manera al lugar del agente en el cuadrípodo del discurso, según una nueva determinación de los lugares regida por el semblante como regulador de la economía de discurso. Éste parece haber sido un punto de llegada respecto de un período que comienza en el año ‘68 en el que Lacan va produciendo un pasaje que va de una economía libidinal a una economía política o discursiva.

En *La Tercera*, recuerda que en todo discurso el semblante lleva la voz cantante, incluso en el discurso analítico aunque su pretensión sea alcanzar un discurso que no fuera del semblante. Sin embargo, agregará que ése no es motivo suficiente para que se lo convierta en un semblant más semblant de la cuenta, en un *semblant ostentado*. Toca una cuestión fundamental que hace a cierto uso del semblant que, con el nombre de Sujeto supuesto Saber, está presente en el corazón mismo de la operación analítica.

En el Seminario sobre *Los cuatro conceptos fundamentales...* encontramos a la función Sujeto Supuesto Saber como el pivote sobre el que se articula la transferencia. Años más tarde, en el Seminario *De un Otro al otro*, Lacan acentuó el carácter paradójal del acto analítico, que es incitación al saber ya que el solo hecho de que el analista invite a la asociación libre anticipa que de la relación de un significante con otro surgirá un efecto de significación. Al analista se le supone un saber, que está al corriente del asunto que aqueja al analizante y, en cierto sentido lo está, por su experiencia de la transferencia. Entonces, en la transferencia, al analista se le suponen dos cosas: un saber y un sujeto de ese saber. Pero el saber y el sujeto de ese saber son supuestos: lo paradójal radica en que el analista no tiene más cuerpo que la oquedad propia del objeto *a* saldo, resto caído de la operación analítica. Al tanto de de ello, el analista no puede sin deshonestidad radical deslizarse dentro de ese traje del saber para con él envolver su persona. Teniendo en cuenta lo devastador que resulta de este uso del semblant, Lacan invita al analista a ser más suelto, más natural cuando recibe a alguien que viene a pedirle un análisis, que no se sienta obligado a darse importancia.

Los analistas podemos experimentar diariamente en nuestra práctica que el semblant de saber produce exactamente el mismo efecto que el saber mismo, lo que fácilmente puede hacer al analista a deslizarse en los beneficios de la pereza: guiarse por el saber referencial, saber acumulado por los psicoanalistas precedentes en lugar de orientarse por el saber textual, aquel que sigue la pendiente de las asociaciones del analizante. De esta manera, el psicoanálisis se ve socavado por su mismo medio de acción.

En la ronda de los discursos, el discurso analítico resulta de la impotencia del discurso universitario y llama al discurso de la histérica. Es que el todo-saber en el lugar dominante no deja sitio para la verdad y contradice, incluso anula el paso dado por Marx en su invención del síntoma. Evicción de la verdad que es incompatible con el desarrollo de la transferencia, con el retorno a la verdad que trae la histeria.

Freud postula la existencia de un saber que no se sabe que se sabe. Y que se cifra en el síntoma como retorno a medias de una verdad rechazada y que, a diferencia del todo-saber universitario, es más instructivo por sus

deficiencias que por su completud. En el mercado del saber, la verdad está de huelga.

Se espera del analista una relación con el *semblant* distinta de la infatuación, del creérsela. Y para eso cuenta con la orientación que le da lo real de la experiencia del análisis. Es cuando se pierde la orientación en lo real que aparecen las posiciones religiosas, los monjes lacanianos y los profetas.

Que el analista pueda llegar a ocupar el lugar de resto al que lo lleva un análisis no tiene que ver con que se haya graduado en algún instituto, es una posición que sólo se logra por haber transitado la experiencia de un análisis. Es el analizante que es o que fue lo que hace al analista, sólo el analizante que lo habita le permite ocupar ese lugar. Si el analista desbanca al analizante que anida en él, no hay análisis posible. El saber que se adquiere en un análisis tiene que ver con el saber propio del analista: un saber hacer con lo que no se sabe, un saber relativo a poner al no saber en función.

Norberto Ferreyra en “*Trauma, duelo y tiempo*”, plantea la función atea del *semblant* en relación con en el acto analítico. Si el *semblant* de saber es un momento necesario en el análisis y hace a la transferencia, el acto analítico concierne a la ruptura del *semblant*, la posibilidad de que aquello que aparece como determinación para un sujeto pueda ser afectado por la suposición de inexistencia, que ese Otro completo tan afecto a los totalitarismos sea alcanzado por la posibilidad de su barramiento.

La ruptura del *semblant*, en estricta relación con el acto analítico, implica una caída de la religiosidad. El efecto es del orden de una verdad que conmueve la referencia al Otro de la filosofía y de la religión, produciendo un corte en el discurso universitario, el discurso común y su ilusión de que se es donde se piensa.

En su libro Ferreyra se pregunta si el acto analítico puede considerarse como un acto de fe y en todo caso, ¿es posible un acto de fe que no implique una religión? Podemos responder con Lacan en el Seminario *De un Otro al otro*: “*El verdadero ateísmo se deduce de la caída del Sujeto supuesto Saber*”, es decir, en el acto analítico estaría en juego un orden de creencia, pero se trata de una creencia que no es religiosa sino atea y que tiene que ver con un creer allí y no en un más allá.

El psicoanálisis se diferencia del discurso de la ciencia y de la religión, la cual según Lacan, parece tener la chance de ganar la partida. El lazo social que funda el discurso del analista está determinado por una legalidad que es otra que la que rige los lazos de comunidad o de intersubjetividad. El término comunidad en Lacan no reviste un único sentido. Si en “*Posición del Inconsciente*”, Lacan llama a resistir a la *koyné* (referencia a lo que hace

comunidad), tres años más tarde en *La Proposición...* llama con la formación en Escuela a la creación de un ambiente propicio para que se desarrolle en su seno una comunidad de experiencia entre sus practicantes.

¿Qué lugar darle a la reunión de los analistas? ¿Qué nos lleva a los analistas a agruparnos? Nuestra práctica misma. Al término de la operación analítica, hay evacuación del objeto *a* por cuanto representa la verdad rechazada por el analizante, y este objeto evacuado, esto de la operación, coincide con el lugar del analista. Se trata de un resto de goce, plus de goce del que el analista es soporte. Es aquello que se pone en causa para que se produzcan las reuniones entre analistas. La no posibilidad de reunirse dejaría al analista expuesto al sacrificio de ese goce

Los analistas solemos agruparnos un poco religiosamente y es porque cuando nos agrupamos no practicamos el acto analítico, ya que el mismo tiene su lugar exclusivo en la intensión. Pero las reuniones de los analistas son posibles y tienen razón de ser siempre y cuando haya acto analítico por fuera de sus reuniones, si no lo hay, responde a una lógica religiosa.

Los analistas como seres hablantes, no estamos exentos de ser tomados por los discursos imperantes, sea la religión, la ciencia o el capitalismo en su versión actual de mercado que transforma al ser hablante en mercancía, moneda viviente para el intercambio.

La única posibilidad de salir de la economía de la religión o del mercado es habitar el discurso y transmitirlo lo que ya por sí mismo funciona como resistencia ante cualquier religión o cientificismo que busque barrer con este nuevo lazo que no se reduce a la intersubjetividad, que está en el lugar de la falta de relación sexual y por eso ligado a la verdad que hace estructura de todo discurso.

Porque donde la religión o la política de mercado pretenden obturar el agujero de la existencia por medio de la consistencia de un Otro o por medio de objetos- mercancía, allí lo real insiste y el síntoma persiste poniéndose en medio como manifestación singular de ese agujero real, causa imposible de eliminar para cada ser hablante.

Lo diferencial del discurso analítico es que lee en el síntoma una cifra de existencia y la pone a hablar. Ofrece así, frente al malestar, la posibilidad de habitar un discurso que hace posible una existencia más vivible frente al real que nos determina, y la palabra es su medio por excelencia.

*Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.*